



Edificio de la Unesco en París

Se acaba de terminar el nuevo edificio de la Unesco en París, que constituye una obra de excepción, tanto por el cliente que lo ha encargado, por los arquitectos autores del proyecto y por su emplazamiento, en la primera ciudad del mundo. Es preciso suponer, por consiguiente, que en este edificio, tan importante y tan destacado, se habrá puesto el máximo cuidado para que su ejemplaridad sirva al mundo entero.

No conocemos la obra, así que este ligero comentario que estamos haciendo se basa únicamente sobre una fotografía, que aquí se reproduce, y que ha aparecido en la prensa diaria. Nos referimos a esa tremenda marquesina que, a nuestro juicio, es un alarde tonto, caro e innecesario.

Los profesionales que hemos elegido la arquitectura como tarea de nuestra vida, fenomenal y difícilísima tarea, contraemos con la sociedad una enorme responsabilidad, que no se refiere sólo a la época en que vivimos, sino que como muestra de nuestra habilidad o nuestra ineptitud permanece muchos años después de nuestra desaparición de este mundo.

Si las fantasías y vanidades de un arquitecto y un propietario trabajando al alimón se ven limitadas por unos materiales que el uso y la tradición han condicionado en su forma y tratamiento, los males no pueden ir

muy allá, y todo lo más que se consigue con el deseo de aparentar novedosismo es retorcer salomónicamente una columna que siempre debió estar derecha, o romper el entablamiento de un orden clásico.

Pero si aparecen nuevas técnicas constructivas y nuevos materiales, si el arquitecto y el propietario disponen del hormigón y del vidrio y del gresite, hay que echarse a temblar. Porque aquellas alegrías, además de cursis y feas, son carísimas.

El miércoles 16 de julio de 1958, el cronista del diario *Arriba* en Estados Unidos, Francisco Lucientes, comentaba los tremendos sucesos del Iraq y decía: "El lunes por la mañana, cuando explotó, sorprendiendo a todos, el notición del Iraq, la O.N.U. parecía desierta; los funcionarios de las Naciones Unidas discutían burocráticamente de un presupuesto de un millón de dólares para arreglar las ventanas y cubrir goteras de su flamante edificio. Goteras materiales..."

El lector no paraba muchas mientes en este final del párrafo, porque realmente el asesinato del rey Feisal tenía mucha mayor importancia que las ventanas de la O.N.U., pero uno, en su condición de arquitecto, se estremeció al pensar que el arreglo de las ventanas y de las goteras del edificio de la O.N.U., hace tan pocos años inaugurado, iba a costar 1.000.000 de dólares.